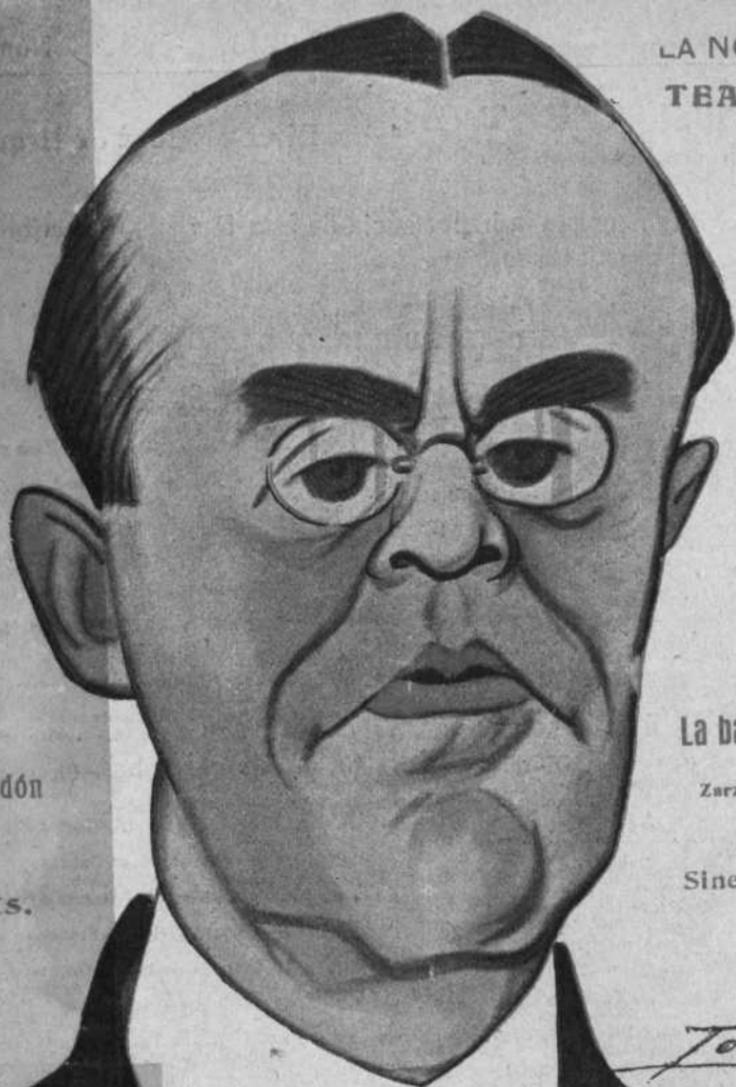


LA NOVELA
TEATRAL



F Porredón

10 cts.

La balsa de acelle

Zarzuela en un acto

Sinesio Delgado.

Tovar
1918

G-F 5199

LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urquía.

Complemento de La Novela Corta

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de

OBRAS PUBLICADAS

- 1 TRATA DE BLANCAS.--Felipe Trigo.
- 2 LA SOBRINA DEL CURA.--C. Arniches.
- 3 EL MÍSTICO.--Santiago Rusiñol.
- 4 LOS SEMIDIOS.--F. Federico Oliver.
- 5 LAS CACAHUAS.--Casero y G. Alvarez.
- 6 EL LOBO.--Joaquín Dicenta.
- 7 CHARITO, LA SAMARITANA.--Torres del Alamo y Asenjo.
- 8 EL VERDUGO DE SEVILLA.--García Alvarez y Muñoz Seca.
- 9 TO DO SOMOS UNOS.--J. Benavente.
- 10 EL REY GALAOR.--F. VII e-pesa.
- 11 LA CASA DE QUIJÓS.--C. Arniches.
- 12 FUCAR XXI.--Muñoz Seca, García Alvarez y Pérez Fernández.
- 13 EL RO DE ORO.--Paso y Abati.
- 14 SOBREVIVIRSE.--Joaquín Dicenta.
- 15 ALMA DE DIOS.--Arniches y García Alvarez.
- 16 EL CARDENAL.--L. Rivas y Reparaz.
- 17 EL HOMBRE VALBUENA.--Arniches y García Alvarez.
- 18 EL HOMBRE QUE ASÍ SINÓ.--Traducción de Antonio Palomero.
- 19 LAS ESTRELLAS.--Carlos Arniches.
- 20 DOLORETES.--Carlos Arniches.
- 21 LA SEÑORITA DE TREVELEZ.--Carlos Arniches.
- 22 SERAFINA LA RUBIALES.--Torres del Alamo y Asenjo.
- 23 ABEN-HUMEYA.--Francisco Villaspesa.
- 24 EL SEÑOR FEUDAL.--Joaquín Dicenta.
- 25 LA ETERNA VICTORIA.--Felipe Trigo.
- 26 JIMMY SAMSON.--Traducción de José Ignacio de Albergi.
- 27 LOPEZ DE CERIA.--Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 28 LA GIOCONDA.--G d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaspesa.
- 29 PRIMAVERA EN OTOÑO.--Martínez Sierra.
- 30 EL RIMEN DE AYER.--Joaquín Dicenta.
- 31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.--Traducción de Gil Parrado.
- 32 FRANCFORT.--Vital Aza.
- 33 LA REBOTICA.--Vital Aza.
- 34 LA FRESCURA DE LA FUENTE.--García Alvarez y Muñoz Seca.
- 35 PRIMERO SE.--Traducción de José Ignacio de Albergi.
- 36 CIENCIAS EXACTAS.--Vital Aza.
- 37 LA OÑA MARIA DE PADILLA.--F. Villaspesa.
- 38 RAFFLES.--Traducción A. Palomero.
- 39 LA PRAVIANA.--Vital Aza.
- 40 EL GRAN TACAÑO.--Paso y Abati.
- 41 MANDOLINA.--Castiblanco de Casuro.
- 42 GENIO Y FIGURA.--Arniches, Abati, Paso y García Alvarez.
- 43 LA GENTUZA.--Carlos Arniches.
- 44 LA VIEJECITA.--Miguel Echegaray.
- 45 PARA AYUDAR.--Vital Aza.
- 46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.--Paso y García Alvarez.
- 47 PETIT-CAFÉ.--Tristan Bernard.
- 48 LOS NOVELEROS.--Edmond Rostand.
- 49 ELECTRA.--Benito Pérez Galdós.
- 50 TIQUIS MIQUIS.--Vital Aza.
- 51 EL ÚLTIMO BRAVO.--G. Alvarez y Muñoz Seca.
- 52 LA MARCHA DE CADIZ.--García Alvarez y Lario.
- 53 DOÑA PERFECTA.--Benito Pérez Galdós.
- 54 LA TIZANA.--Godoy y Alarcón.
- 55 MIQUETTE Y SU MAMA.--Hobert y Callivel.
- 56 LOS CUATRO ROBINSONES.--Muñoz Seca y García Alvarez.
- 57 LOS GEMELOS.--Tristan Bernard.
- 58 LA LOCA DE LA CASA.--Benito Pérez Galdós.
- 59 GIGANTES Y CABEZUDOS.--Miguel Echegaray.
- 60 DANIEL.--Joaquín Dicenta.
- 61 EL CHICO DEL CAFÉ.--Torres del Alamo y Asenjo.
- 62 REALIDAD.--Benito Pérez Galdós.
- 63 LA SUELA DE ARMAS.--Vital Aza.
- 64 PASTOR Y BORREGO.--García Alvarez y Muñoz Seca.
- 65 LA LEONA DE CASTILLA.--Francisco Villaspesa.
- 66 DOÑA CLARINES.--Alvarez Quintero.
- 67 LA NOCHE DE REYES.--Carlos Arniches.
- 68 LOS CADETES DE LA REINA.--Julian Moyrón.
- 69 AMOR DE ARTISTAS.--Joaquín Dicenta.
- 70 EL TERRIBLE PEQUEÑO.--Arniches y García Alvarez.
- 71 EL PATIO.--Alvarez Quintero.
- 72 LA TEMPRANICA.--Julian Romea.
- 73 TRAMPA Y CARTON.--Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 74 LA CORTE DE FARON.--Perrin y Palacios.
- 75 LA ESCONDIDA SEÑORA.--Alvarez Quintero.
- 76 EL DUO DE LA AFRICANA.--Echegaray.
- 77 AURORA.--J. Dicenta.
- 78 EL FRESCO DE GOYA.--Arniches y García Alvarez.
- 79 EL NIÑO JUDÍO.--García Alvarez y Paso.
- 80 LA MANTA ZAMORANA.--Perrin y Palacios.
- 81 FEDDO JIMENEZ.--Perrin y Palacios.
- 82 LA DE SAN QUINTIN.--Pérez Galdós.
- 83 EL METEORO GORRITZ.--A. Nicuesa y García Alvarez.
- 84 EL NOVENO MANDAMIENTO.--Ramos Castrón.

LA Balsa de Aceite

ZARZUELA EN UN ACTO DIVIDIDO EN CINCO CUADROS, EN PROSA

original de

SINESIO DELGADO

PERSONAJES

SOLEDAD.-AMPARO.-LUIA.-MODESTA.-DOÑA LUCIANA.-LA SEÑA LORENZA.-
RAMONA.-PETRONILA.-LUDOVICO.-DON ISIDORO.-MANUEL.-ARTURITO.-SAN-
CHEZ.-UN REPARTIDOR

La acción en Madrid-Epoca actual.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Portal de una casa. Al foro puerta grande que da a la calle. A la derecha de esta puerta la garita o cuchitril del portero con puertas de dos hojas (superior e inferior) junto a la puerta de entrada, ventana con vidrieras frente al público. A la izquierda, del foro, el primer tramo de la escalera con su pasamanos correspondiente. En primer término izquierda y derecha las puertas de los pisos bajos. Es de día.

Sanchez, Un repartidor. Luego Arturito. Después Modesta, dentro. Al fin, doña Luciana.

MÚSICA

A poco de empezar el preludio se alza el telón y aparece el portal desierto. En seguida sale por el foro un repartidor de periódicos que se acerca a la portería y se va por donde ha venido. De la portería, y con los susodichos ejemplares en la mano, sale Sanchez, de guardia de Orden público, sin sable y con la guerrera desabrochada, y leyendo en uno de los periódicos, sube lentamente por la escalera y desaparece. Inmediatamente asoma por el foro Arturito, que después de enterarse de que no hay nadie en la portería se lanza como una flecha hacia la puerta de la izquierda, donde llama golpeando con el bastón. Pausa.

Ya está aquí, La siento andar.

(Dentro por la mirilla.) ¿Eres tú?

¿Quién ha de ser? Mamá vigila.

En el modo de llamar
me has debido conocer.

MODESTA
Vuelve más tarde.

ARTURITO
¿Qué pasa ahora?

MODESTA

ARTURITO

¡Pobre señora!



49359
CB 1061776

R. 39532

MODESTA
Vete en seguida, no seas niño.

ARTURITO
Dame una prueba de tu cariño;

MODESTA
¿Qué prueba quieres?

ARTURITO
Una sencilla,
saca un dedito por la mirilla.

MODESTA
No puedo.

ARTURITO
¿Quieres que lo suplique? Vete en seguida; no seas niño.

MODESTA
¡Si es que no cabe más que el meñique! Dame una prueba de tu cariño.

ARTURITO
Con ese basta. ¿Qué prueba quieres?

MODESTA
(Asomando el dedo por la mirilla.)
Una sencilla;
Pues allá va, saca el meñique por la mirilla.

APTURITO
¡Qué sonrosado! (Lo besa efusivamente.)

¡Qué rico está!
Este besito de ahora
subirá por el bracito

MODESTA
¿No me contestas?
¿Por qué se va?
Siento sus pasos.
(Se asoma a la mirilla.)
¡Ay! ¡Su mamá!

(Vase corriendo por el foro. Se abre violentamente la puerta de la izquierda y aparece doña Luciana, furiosa.)

HABLADO

LUC.—¡Sí, sí! ¡Corre, corre que tú caerás! Esta vez te me has escapado, pero como vuelvas...

MOD.—(Apareciendo en el umbral.) Pero mamá...

LUC.—Anda allá dentro. Yo te aseguro que ese niño no sabe todavía lo que es un cachete; pero se va a enterar y pronto. (Vase y cierra dando un portazo.)

Entra asustado por el foro Ludovico, recorre el portal buscando donde esconderse, y al ver desocupada la portería en ella se mete, cerrando tras sí las hojas de la puerta. En seguida entra de la calle don Isidoro, furioso, irritado y blandiendo un bastón, examina rápidamente la escena y sube por la escalera como una exhalación. Un momento después, baja Sánchez, que sin dejar de leer el periódico, se acerca a la puerta de la izquierda y llama con los nudillos. Hacerlo y aparecer de nuevo doña Luciana hecha un basilisco y soltar al guardia una bofetada de cuello vuelto, todo es uno.

SAN.—¡Señora!

LUC.—¡Ay, usted dispense; creí que era el chuchumeco que hace el amor a mi niña.

SAN.—¡Pues confundir es! Dé usted gracias a que no estoy de servicio, que si no...

LUC.—Ya le he dicho a usted que dispense.

SAN.—Ahí va el periódico.

LUC.—Y... no vuelva usted a llamar con los nudillos.

SAN.—Descuide usted, ni con los nudillos ni de ninguna manera.

(Vase doña Luciana, Sanchez pretende entrar en la portería y al encontrarla cerrada empuja con fuerza.)

LUD.—(Dentro.) Está ocupado.

SAN.—¡Eh! ¿qué es eso? ¿Quién se ha metido ahí? ¡Abra usted en seguida.

LUD.—(Dentro.) Espere usted un poco que no encuentro el picaporte.

SANC.—(Furioso.) ¡Qué picaporte, ni qué narices! ¡O abre usted o echo abajo la puerta!

LUD.—(Abriendo las vidrieras.) ¡Caramba, qué genio! (Viéndole y cerrando de golpe.) ¡Uy! ¡Un guardia!

SANC.—¿Como? ¿Otra vez? Vamos, ¡salga usted de ahí y menos mojigangas.

LUD.—(Abriendo otra vez.) Señor guardia, no me prenda usted sin oirme; que aquí hay una equivocación, que yo soy un transeunte pacífico que no se metía en nada.

SANC.—¿Pero quiere usted salir con dos mil demonios?

LUD.—Voy, hombre, voy. (Sale al portal.) Pero yo le aseguro a usted que...

SANC.—¿Qué hacía usted ahí?

LUD.—Pues... dando un paseito si a usted le parece.

SANC.—¡Que me acaban de dar una bofetada y no estoy para bromas!

LUD.—¿Uua bofetada? Yo no he sido ¿eh?

SANC.—¡Pues si hubiera usted sido ya estaba usted en la cárcel.

LUD.—¡Ah! pero ¿no viene usted a prenderme?

SANC.—Según y conforme. Vamos a cuentas: ¿Cómo se llama usted, de donde es usted, qué es usted y a qué ha venido usted?

LUD.—¡Ah! pero ¿se trata del padrón? Pues vaya usted apuntando: Nombre y apellidos: Ludovico Menéndez Méndez; lugar de nacimiento: Villarrubia de los Ojos; edad: veintiséis y décimas; estado: mozo soltero; profesión: comillas; renta o sueldo anual que disfruta: mas comillas; ¿sabe leer?: sí; ¿sabe escribir?: comillas; observaciones; que se alegra de verlo a usted bueno.

SANC.—¿Ha acabado usted ya?

LUD.—No, señor; falta la firma.

SANC.—Bueno: pues con todo eso no sé porqué se ha metido usted en la portería sin mi permiso.

LUD.—Porque no podía esperarle a usted para pedirle el favor.

SANC.—¿Por qué?

LUD.—¡Señor! Porque venía huyendo.

SANC.—¡Hola! ¿Ha hecho usted algo?

LUD.—¿No? ¡Nada! Que andaba por la calle con la cabeza así, (Levantada.) buscando el número 40, cuando me dió un pisotón un joven que salía de esta casa como un rayo.—«¡Ay! usted perdone.—No hay de qué.—No le había visto.—Ni yo a usted tampoco.—Etc., etc.,»—y cuando estábamos en estos etcéteras, se arrancó hacia nosotros un caballero que salió como otro rayo de un portal de la acera de enfrente. El que estaba conmigo se separó más que de prisa y dobló la esquina en un momento. El otro se me acercó con un palo en la mano y me dijo: «¡Ah pillito! ¿con que éras tú?» El pillito no era yo como usted comprende, pero como el hombre no pedía explicaciones y el palo estaba en el aire, no tuve más remedio que echar a correr y meterme en el primer portal que encontré a mano.

SANC.—Y el caballero, ¿entró detrás de usted?

LUD.—Creo que sí; y subió a escape la escalera.

SANC.—¡Basta! no me diga usted más. Usted anda detrás de la mujer de don Isidoro.

LUD.—¿Sí? ¡Qué penetración! ¿Quién es don Isidoro?

SANC.—Demasiado se lo sabe usted. El vecino del principal, el propietario de la casa.

LUD.—¡Ah! ¿Con que el que me seguía era el casero? Pues, salvo el parecer de usted, es un poco bruto.

SANC.—Bruto, no. Es... como deben de ser los hombres. Porque si usted es un supongamos, estuviera casao con una mujer guapa, ¿qué haría usted?

LUD.—¿Que qué haría yo con una mujer guapa? ¿Me lo pregunta usted, como Autoridad o como portero?

SANC.—Quiere decirse que usted haría lo que don Isidoro; vigilarla, celarla y... soltar un garrotazo al que la rondara la calle.

LUD.—Al que la rondara la calle, sí; pero no al que anduviera buscando el número 40.

SANC.—Bueno, y usted ¿para qué buscaba el número 40.

LUD.—Señor, ¡que todo se ha de decir! Porque traigo una visita para un inquilino de la casa, es decir, para una inquilina.

SAN.—¿Cuál?

LUD.—Una muchacha de mi pueblo que vino a servir a Madrid hace cuatro años y yo ha hecho fortuna. ¡Cosas de las mujeres!

SANC.—¿En qué piso vive?

LUD.—¡Ah! No lo sé. Eso es lo que yo hubiera preguntado en la portería, si no me hubiera hecho perder la serenidad don Isidoro.

SANC.—¿Cómo se llama ella?

LUD.—Venancia Rodríguez.

SANC.—Aquí no vive ninguna Venancia.

LUD.—¿Está usted seguro?

SANC.—¡Hombre! ¿Lo sabré yo?

LUD.—Se habrá mudado, porque ella debe de cambiar de domicilio como de camisa, según los posibles del que corra con todo.

SANC.—¿Eh?

LUD.—Sí, señor. Según cuentan por el pueblo, la Venancia se ha vuelto así... vamos, no sé cómo decirlo... de la cáscara amarga.

SANC.—¿De la cáscara amarga? ¿Quiere decirse que es cocote?

LUD.—Dicho sea sin ofenderla, sí, señor; cocote.

SANC.—Pues ahora es caudado le digo a usted que no vive aquí, ni ha vivido nunca. ¡Bueno es don Isidoro pa admitir gente sospechosa! ¡Como que pa alquilar un cuarto en la finca se necesitan más requisitos que pa entrar en el cielo! Es lo que el dice; lo primero que hay que exigir a los inquilinos es que paguen, lo segundo moralidad y lo tercero que no tengan perros ni criaturas. Así es que aquí no oírá usted una voz más alta que otra, ni verá usted essáodalos ni chismes, ni visitas de tapadillo. ¿Usted me comprende?

LUD.—Sí, señor; comprendo que esto es una balsa de aceite y que aquí se debe de vivir en la gloria.

SANC.—Eso que usted ha dicho. Una balsa de aceite.

LUD.—Pero, ¿no hay por casualidad alguna señora que pudiera haber sido...

SANC.—¡Y dale! ¿No le digo a usted que no hay más que matrimonios? Digo, en el piso segundo viven dos mujeres solas; una viuda de un bolsista con su doncella.

LUD.—¿Cómo se llama?

SANC.—¿La doncella?

LUD.—No; la viuda del bolsista.

SANC.—¡Ah! Doña Soledad. Pero no sospeche usted nada, que es una persona decente. Está por la primera vez que pregunte por ella un caballero.

LUD.—¡Caramba, caramba! Pues eso es que me han dado equivocadas las señas.

SANC.—Le advierto a usted que en esta calle hay 40 duplicado.

LUD.—¿Ah, sí? Pues eso es. No me diga usted más... Voy en seguida. (Sale la señá Lorenza, que viene de la compra, y entra en el cuchitril.)

Dichos. Lorenza.

SANC.—Espere usted un poco, que aquí está mi señora que conoce a toda la vecindad del distrito. Oye, Lorenza.

LOR.—(Saliendo de la portería sin la cesta.) Muy buenos días nos dé Dios.

LUD.—Buenos días. ○

LOR.—(Entregando a Sánchez lo que indica.) La cajetilla, los fósforos... ¿Qué querías?

SANC.—Aquí el señor que pregunta si vive en la casa una cocote que se llama...

LOR.—¿Una cocote aquí? ¡Vamos, hombre! Vaya usted con Dios. Usted no sabe adónde viene.

LUD.—Ya; ya me ha dicho el esposo...

SANC.—Y ahora que caigo. A lo mejor esa que usted dice se ha vuelto a poner a servir, porque esas mujeres tién eso... (A Lorenza.) ¿Cómo se llama la muchacha de la del segundo?

LOR.—Petronila.

LUD.—Entonces no. Esta se llama Venancia.

LOR.—Venancia... Venancia... Aguarde usted. En casa de don Isidoro ha entrao una doncella nueva que tiene caña de llamarse Venancia. Suba usted y pregunte...

LUD.—¿Adónde? ¿Al cuarto del casero? ¡Cá! No, señora. ¡Qué más quisiera él que cogirme a tiro!

SANC.—Pues mirusté, yo creo que es lo mejor. Porque así, cuando se entere de que viene usted a buscar a la criada, se tranquilizará de lo de antes, y le hace usted un favor a la señora.

LUD.—¿A cuál?

SANC.—A la de don Isidoro, que estará ahora volviéndose tarumba pa darle explicaciones.

LUD.—¡Tomal pero es que sí...

SANC.—Nada, que no le pasa nada. En último resultao, no se le vá a comer a usted.

LUD.—No; si aunque no me coma del todo. Con que me pegue un par de mordiscos, basta.

LOR.—No tenga usted miedo. Don Isidoro, aparte de los celos, es muy campechano y muy corriente.

SANC.—Suba usted, hombre.

LUD.—Bueno, allá voy y sea lo que Dios quiera. (Deteniéndose al subir la escalera.) ¡Ah! si oye usted un grito haga usted el favor de subir en seguida, no como portero, sino como guardia. (Vase.)

SANC.—Descuide usted. (Los porteros quedan al pie de la escalera. Pausa larga. Empleza la música.)

LOR.—Oyes, Epifanio. Me parece que hemos hecho mal. Ya sabes que don Isidoro tiene unos prontos...

SANC.—Me alegraría, hombre. ¡Por haberse figurao que esta podía ser una casa de llos! (Otra pausa larga.)

LOR.—Ya debe de haber llamao.

SANC.—Debe, porque no se sienten los pasos.

LOR.—Y... no se oye nada.

SANC.—Nada... Tú verás cómo resulta que no le pasa nada. (Correden a pie de la escalera escuchando atentamente. Cae con lentitud el telón corto del cuadro siguiente.)

MUTACIÓD

CUADRO SEGUNDO

Recibimiento elegante. Puerta de entrada al tonto, con mirilla. Cuando se abre se ve el rellano de la escalera.

Ramona. Después Amparo. Luego Manuel.

MÚSICA

(En cuanto se hace la mutación suena el timbre de la puerta y sale Ramona por la derecha.)

RAMONA

¡Llaman! ¡Virgen Santa!
Debe ser el amo.
¡Pobre señorita!
Yo voy y la llamo.

(Vase por la izquierda. A poco sale de nuevo seguida de Amparo. Ambas muy asustadas.)

AMPARO

Pero ¿estás segura?

RAMONA

¿Pues quién ha de ser?

AMPARO

Espérate un poco,
que vamos a ver.

(Se asoma por la mirilla.)

Yo no veo a nadie,
te habrás confundido.

(Vuelve a sonar el timbre.)

¡Ay!

¡Sí que es Isidoro.

¡Sí que es mi marido.

(Sale Manuel por la izquierda, con todo género de precauciones.)

MANUEL

Pero ¿qué es esto?

AMPARO

Aterrada.) ¡Que estoy perdida!

Que no des voces, y que en seguida debes tirarte por el balcón.

MANUEL

Ese recurso no es muy discreto.
Tras de matarme te comprometo.

RAMONA

El señorito tiene razón.

(Suena otra vez el timbre.)

AMPARO

¡Ya se impacienta!

MANUEL

(Sacando un revólver y decidido a todo.)

¡Que entre en seguida!

Quiero venderle cara mi vida,
y así encontramos la solución.

AMPARO

¡Por Dios, Manolo! (Cogiéndole la mano.)

MANUEL

No me sujetes.

AMPARO

Tras de matarle me comprometes.

RAMONA

La señorita tiene razón.

MANUEL

¿Qué hacer entonces?

RAMONA

Hay que salvarle.

AMPARO

¡Sí; pero ahora para ocultarle
no se me ocurre ningún rincón.

RAMONA

Para este caso puede que fuera
buen escondite la carbonera.

AMPARO

La cocinera tiene razón.

MANUEL

¡Eso es indigno de un caballero!

¡Que entre en seguida, que aquí le es-
[pero!

AMPARO

Salva mi vida, salva mi honor.

¡Yo te lo pido por nuestro amor!

MANUEL

¡Cómo ha de ser!

Vamos allá.

RAMONA

(A Manuel.) ¡Sigame usted!

(A Amparo.) Y usted abrirá.

(Vanse por la derecha Ramona y Manuel. (Suena otra vez el timbre.)

AMPARO

¡Ay... ay!...

(Repiqueo fuerte del timbre, con el cual acaba el número. Amparo, más muerta que viva, abre la puerta. En ella aparece Ludovico.)

HABLADO

LUD.—Buenos días.

AMP.—¡Ay! Si no es él. (Llamando hacia la izquierda.) ¡Ramona! ¡Ramona! ¡No le encierre usted en la carbonera que no es el señorito!... (Acordándose de pronto de que Ludovico está presente.) ¡Ay! me habrá usted oído! ¡Qué imprudencia! (Entra en escena Ludovico y Amparo cierra la puerta.)

LUD.—Ha sido sin querer; pero como usted grita tanto...

AMP.—(Acongojada.) ¡Ay! caballero... porque supongo que usted será un caballero...

LUD.—A la vista.

AMP.—Yo le suplico, por lo que más quiera usted en el mundo, que olvide todo lo que haya podido adivinar.

LUD.—Si lo que he podido adivinar ha sido poca cosa. Que yo no soy el señorito y que Ramona iba a encerrar al gato en la carbonera.

AMP.—¿Al gato? ¿De veras ha creído usted que era al gato?

LUD.—(Riéndose socarronamente.) No, señora, ¡qué he de creer! Pero lo digo para que vea usted que sé hacerme el desentendido.

AMP.—¡Gracias, muchas gracias! Pero ¡por Dios! no piense usted nada malo.

LUD.—No, señora; si lo que pienso no es malo.

AMP.—Yo le explicaré a usted... Es que mi marido es exageradamente celoso. Es lo que se llama una fiera.

LUD.—Ya lo sé.

AMP.—¡Cómo! ¿Usted le conoce?

LUD.—Ya lo creo. ¿No vive en este piso don Isidoro el dueño de la finca?

AMP.—Sí señor.

LUD.—¿No es usted la mujer de don Isidoro?

AMP.—Sí, sí, señor.

LUD.—Pues su marido de usted ha estado a punto de abrirme la cabeza hace poco... porque sin duda me tomó por el gato que iba a esconder Ramona.

AMP.—Que le advierto a usted que no es más que un amigo.

LUD.—Ya; ya, sé. Pero yo creí que estaba aquí.

AMP.—¿Quién?

LUD.—Su marido de usted. Porque ha entrado persiguiéndome y ha subido por la escalera a escape.

AMP.—¿Qué dice usted?

LUD.—La verdad. ¡Ah! ya caigo. Se habrá figurado que no he parado hasta el último piso, y andará registrando las guardillas.

AMP.—Pero, ¿está en la casa?

LUD.—Ya lo creo. Y no tardará en caer por aquí siguiendo el registro.

AMP.—(Asustada.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Llamando.) ¡Ramona!

LUD.—(¿Qué casa más tranquila! Bien dice don Isidoro: lo primero la moralidad, lo segundo...) (Se asoma Manuel por la izquierda.)

MAN.—¿Qué pasa?

AMP.—Huye enseguida. Este caballero lo sabe todo, pero es una persona decente.

LUD.—(¡Hola! aquí está el gato.)

MAN.—(Acercándose a Ludovico y estrechándole la mano.) Caballero... no le digo nada.

LUD.—(Idem.) Yo tampoco le digo a usted nada.

MAN.—Entre hombres estos favores no se olvidan nunca. Si alguna vez puedo serle útil en cualquier lance parecido...

LUD.—Gracias. ¡Ojalá!

AMP.—(Abriendo la puerta.) ¡Pronto, por Dios! que creo que oigo pasos,

MAN.—(A Ludovico.) Adiós. Repito... (Sale al rellano de la escalera.)

LUD.—¡No, hacia arriba no, que por ahí anda el guarda! ¡Váyase usted a la calle!

MAN.—¡Ah! ¿está arriba? ¡Maldición! (Desaparece. Amparo vuelve a cerrar la puerta.)

Amparo, Ludovico

AMP.—Caballero, no sé cómo pagar a usted el favor que acaba de hacerme.

LUD.—Señora, eso no vale la pena. Sólo siento que se haya usted llevado un susto por mi causa, cuando precisamente venía yo, por consejo de los porteros, a tranquilizar a don Isidoro.

AMP.—¿Sí?

LUD.—Sí, señora, porque verá usted. Como él podía haberse figurado otra cosa, y yo, si rondaba la calle, era buscando a una muchacha de mi pueblo...

AMP.—¿De qué pueblo?

LUD.—De Villarrubia de los Ojos, para lo que usted guste mandar.

AMP.—¿Y está sirviendo aquí?

LUD.—Sí, señora; pero no sé para lo que está sirviendo.

AMP.—¡Ah! pues ni la cocinera ni la doncella son de Villarrubia. ¿Ha preguntado usted en el segundo?

LUD.—No, señora; pero sé que allí vive la viuda de un bolsista.

AMP.—No se fie usted de esa viuda del bolsista.

LUD.—¡Ya! Ya está visto que no debe uno fiarse de nada. Pero como el portero me ha dicho que don Isidoro es tan riguroso con los inquilinos... (Sueña el timbre de la puerta.)

AMP.—Ahí está él.

LUD.—La fiera. (Abre Amparo la puerta y entra don Isidoro.)

Dichos. Don Isidoro

AMP.—(Con cierto temor.) A tiempo llegas. Aquí hay un caballero esperán dote.

ISI.—¿Quién? ¡Ah! ¿es usted? (Amenazador y brusco.) Pero, ¿ha entrado usted aquí?

LUD.—Me parece que sí, pero me voy en seguida.

ISI.—¿Y a qué ha venido usted? ¿Qué deseaba usted?

AMP.—Preguntaba por una criada de su pueblo.

ISI.—(Tranquilizándose un poco.) ¿Por una criada? ¿Es eso de veras?

LUD.—Sí; señor. Y cuando usted tuvo la bondad de amenazarme con el palo estaba buscando el número.

ISI.—¡El número... el número! Y entonces... ¿por qué echó usted a correr sin darme explicaciones?

LUD.—¡Caramba! porque la pedía usted de una manera...

ISI.—Bueno, y ¿ha encontrado usted a esa mujer?

LUD.—No, señor; por eso me iba.

ISI.—Pues ya se está usted largando. Pero a la calle ¿eh? ¡a la calle! (Abriendo la puerta.)

LUD.—Sí, señor, sí; a la calle. (¡Qué casa tan tranquila.) (Vase Amparo cie-rra la puerta.)

ISI.—Me da mala espina el pollo este.

AMP.—Hombre, ¡por Dios! ¡que siempre has de estar viendo visiones!

ISI.—Es que... yo me entiendo. Voy al balcón a ver si es verdad que se va a la calle. (Vase derecha.)

AMP.—Pero escucha... (Acercando el oído a la mirilla.) Me parece que ha subido al segundo. (Vase también por la derecha. Música.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Gabinete elegante. Dos puertas a cada lado. Al fondo un balcón que da a un patio.

Soledad. Enseguida Ludovico

(Soledad se prueba ante un espejo un sombrero cordobés, y de paso ensaya un tango de exagerado taconeo, canturreando para acompañarse. Aparece en la segunda izquierda Ludovico.)

LUD.—¿Se puede? (Soledad no le oye, y, por tanto, no le contesta, hasta que cesa de taconear, y entonces Ludovico, sin traspasar el umbral, no puede contener su entusiasmo y, palmoteando, dice:) ¡Bravo, Venancia!

SOL.—¿Eh? ¿quién está ahí?

LUD.—Yo. ¿No me conoces?

SOL.—A ver... acérquese usted. ¿Pues no te he de conocer! ¡Ludovico! (Yéndose a él y saludándole efusivamente.) Ven acá, hombre. ¿Cómo estás? ¿Cuándo has venido? ¿Cómo te has arreglado para encontrarme?

LUD.—Pues... mal. Porque como resulta que eres doña Soledad, viuda de un bolsista...

SOL.—¡Ja, ja! En otras casas digo que soy viuda de un picador. Es según caen las pesas.

LUD.—Pero siempre eres viuda.

SOL.—Siempre. Pero siéntate, hombre.

LUD.—Con tu permiso.

SOL.—Aquí, un poco más cerca. No puedo ver a los hombres que se ponen tan lejos.

LUD.—Es que... no me atrevo a arrimarme mucho porque estás muy guapa.

SOL.—¡Vamos! ¡Ahora me sales con piropos? ¿Qué hay por Villarrubia?

LUD.—Nada de particular. Tu madastra, que sabes que te quiere mucho, me encargó que, ya que venía a Madrid, te hiciera una visita.

SOL.—Me lo figuro. Para saber qué tal estoy de fondos. Pues hijo, dí que no me has encontrado, ¿sabes?, porque la familia no me deja vivir.

LUD.—Y ya veo que no estás mal. Esta casa te debe costar un sentido.

SOL.—Me debe costar, pero no me cuesta.

LUD.—No, ¿eh? ¡Ya has tenido suerte; ya!

SOL.—Y algo de talento también, hijo. No creas que por la linda cara no se lo regalan a una todo.

LUD.—¡Ya! Ya supongo que no será sólo por la cara. Lo que me choca es que el casero te permita alborotar y dar esos taconazos.

SOL.—¿El casero? ¡Si es lo que le encanta! Siempre me está diciendo: «Solita—porque él me llama Solita, ¿sabes?—anda, márcate el garrotín o la farruca.»

LUD.—¿Que te marques? ¿Don Isidoro te dice que te marques cosas? Pero, es que sube a verte?

SOL.—¿Que si sube? Lo que se puede decir es que no sale de este cuarto.

LUD.—¡Ah!, pero es él el que...

SOL.—¡Que tonto eres! ¿No habías caído en la cuenta?

LUD.—¡Je; je! Lo primero moralidad, lo segundo...

SOL.—¿Qué dices?

LUD.—Nada, que me acuerdo del portero. Y ¿cómo es que has aprendido tú esas habilidades?

SOL.—Hijo, porque no sabe una lo que le puede pasar, y siempre es bueno saber ganarse la vida honradamente.

LUD.—Pero tú podrías...

SOL.—¡Anda! el día que yo salga a un escenario, me llevo la gente de calle.

LUD.—No, si tipo si tienes.

SOL.—Y estilo, y hechuras. Vas a verlo.

MÚSICA

SOLE

Con este manajo
de flores aquí
y este sombrero
colocado así,
si el público es sano
y el baile no es feo,
se suplen las coplas
con el taconeo. (Baila.)

LUDOVICO

Comprendo que el hombre se vuelva
y esté medio loco. [tarumba

Yo también, si no estoy trastornado,
me falta muy poco.

SOLE

Atiende y verás,
que sé mucho más.

(Continúa el baile.)

LUDOVICO

¡Qué gracia y qué garbo. No sé lo que
[tengo,
no sé que me pasa.

Yo también te daría con gusto
de balde la casa.

SOLE

Atiende y verás,
que sé mucho más.

(Sigue el baile. Ludovico, que ha ido animándose progresivamente, no puede resistir la tentación y acaba por bailar con ella, taconeando también de firme.)

HABLADO

SOL.—¿Eh? ¿qué dices ahora?

LUD.—Que si volvieras a Villarrubia de los Ojos, habría repique de campanas. Y que yo me voy, porque con el ruido se habrá alborotado el piso principal, y va a subir don Isidoro.

SOL.—No; no sube ahora, porque se acababa de marchar cuando has venido.

LUD.—¿Que se acababa de marchar? ¿Y había entrado furioso a registrar la casa?

SOL.—Justamente. Yo me río mucho con él. Es celoso como un turco, y hoy se empeñaba en que había subido a verme un joven que me persigue.

LUD.—¡Pásmate!

SOL.—¿Qué?

LUD.—Que te pases. Ese joven era yo.

SOL.—¿Cómo? ¿De veras?

LUD.—Tan de veras. Como que por poco me rompe el alma. ¡Vaya con el casero! ¡Tener que repartir la vigilancia en dos pisos!

SOL.—¿Para qué? La casera es una tía sosaina que ni se asoma al balcón los días de fiesta.

LUD.—Sí, sí; muy sosaina.

SOL.—¿Tú la conoces?

LUD.—Mejor que el propio don Isidoro.

PET.—(Saltando muy azorada por la segunda izquierda.) Señorita... ¡el casero!

SOL.—¿Otra vez?

LUD.—¡Caracoles!

PET.—¿Qué hago?

SOL.—Abrir en seguida. No quiero que sospeche y me dé la tabarra.

LUD.—Ahora es cuando me escabecha. ¿Por dónde me marchó?

SOL.—Por aquí. (Primera izquierda.) La doncella te sacará por la puerta de escape. No por nada, ¿sabes?, sino porque no quiero líos.

LUD.—Haces bien. En esta casa no se admiten.

SOL.—Anda, anda pronto. (Medio mutis de Ludovico.)

LUD.—¿Dices que por la puerta de escape?

SOL.—Sí, hombre, sí; ya te guiará la doncella.

LUD.—Pero, ¿tiene costumbre?

SOL.—(Empujándole.) ¿Vamos? que está ahí. (Vase Ludovico.)

Soledad, Don Isidoro. Después Petronila y Ludovico

ISI.—(Saliedo furioso por la segunda izquierda.) ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido? (Se asoma al balcón y reconoce las puertas.)

SOL.—¿Quién?

ISI.—Ese hombre.

SOL.—Aquí no ha venido ningún hombre.

ISI.—¿Que no? ¡Estoy seguro! Me he pasado media hora al balcón y no ha salido a la calle.

SOL.—¡Déjame de músicas!

ISI.—¡Ah! pero yo le encontraré. ¡Te juro que le encuentro! (Vase disparado por la segunda derecha. Simultáneamente salen por la segunda izquierda, primero Petronila y detrás Ludovico.)

PET.—¡Señorita! ¡Ay, señorita!

SOL.—¿Qué pasa?

PET.—Que este joven no puede salir. El señor ha echado la llave a la puerta.

LUD.—Sí; ha echado. ¿Qué hago? (Quiere huir por la segunda derecha.) ¿Me escondo por aquí?

SOL.—¡No, por ahí no!

LUD.—Pues, ¿por dónde?

SOL.—Por aquí. (El balcón.) Salta al patio.

LUD.—(Asomándose.) ¡Caray! no me atrevo. Esto está más alto que la torre de Villarrubia.

SOL.—Pues hijo, ¿qué le vamos a hacer? Daremos el escándalo. (Cierra con llave la segunda derecha.)

LUD.—¡No, por Dios! ¡Un escándalo en una casa tranquila!

PET.—Digo yo una cosa.

LUD.—¿Cuál?

PET.—Que el señorito se podía marchar como aquel pariente de la señorita.

LUD.—¡Hola! ¿Cómo se marchó el pariente?

PET.—Por aquí (El balcón.) gateando por el canalón.

SOL.—Es verdad, si te atreves.

ISI.—(Dentro y golpeando la puerta.) ¿Quién ha cerrado aquí? ¡Abrid en seguida.

LUD.—Pero, ¿aguantará el peso?

PET.—Al otro no le pasó nada.

ISI.—(Como antes.) ¡Abrid, o echo la puerta abajo!

LUD.—(Empezando a saltar por el balcón.) Ea, al canalón y sea lo que Dios quiera.

SOL.—¡Vivo! que no puedo esperar más.

LUD.—Sí, sí, muy vivo.

SOL.—Que vuelvas, ¿eh?

LUD.—Un día de estos.

ISI.—(Dentro y golpeando más fuerte.) Pero ¿queréis abrir con mil de a ca ballo?

SOL.—Voy, voy en seguida. (A Petronila, que sigue asomada al balcón viendo huir al otro.) ¿Va bien?

PET.—No, señora. Ahora ha salido el portero al patio.

SOL.—¡Otra complicación! ¡Se muere una de risa! (Golpea en la puerta.) ¡Voy Va a tirar el tabique. (Más golpes.) ¡Voy! (Siguen los golpes, empieza la música.)

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Un pasillo. En el fondo balcón que corresponde al patio

LUISA

aliendo por la izquierda.)

He visto un joven
que gateando
trepa al balcón.
Sin duda el pobre
sube impulsado
por la pasión.

Me muero de angustia,
no quiero mirar.
Si al verme se asusta
se puede estrellar.

(Aparece Ludovico agarrándose a los hierros del balcón.)

LUDOVICO

¡Gracias a Dios!
No puedo más.

LUISA

¡Joven osado,
vuélvase atrás

LUDOVICO

(Saltando a escena)

Perdone usted, señora,
que venga de este modo,
y deme usted permiso
para explicarlo todo.
Si extraña la aventura
la puede parecer,
en cuanto se la explique
la va usted a comprender.

LUISA

Nada me tiene que explicar,
todo lo entiendo al verle así,

pero le debo rechazar...

¡Yo no dispongo ya de mí!

LUDOVICO

(¡Pues no me supone
perdido de amor!
¡Esto me faltaba
y esto es lo peor!)

LUISA

¡Joven atrevido,
qué triste es la vida
de la que ha nacido
para ser amada!
Guárdeme respeto;
váyase enseguida;
no puedo escucharle;
soy muy desgraciada.

LUDOVICO

Yo también, señora,
soy muy desgraciado.
Oigame usted ahora
lo que me ha pasado.

Yo, por escaparme,
salté de un balcón
para deslizarme
por el canalón.
Iba descendiendo
con mucho trabajo
cuando ví que un guardia
me esperaba abajo.
Con grandes esfuerzos
entonces subí,
y a pedir auxilio
me he metido aquí.

Sí usted no me saca
de esta situación,
subo hasta el tejado
por el canalón.

LUISA

Nada me tiene que explicar,
todo lo entiendo al verle así

pero le debo rechazar...
Yo no dispongo ya de mí.

LUDOVICO

¡Pues no me supone
perdido de amor!
¡Esto me faltaba
y esto es lo peor!

HABLADO

LUI.—No le agradezco esas explicaciones caballerescas, señor don... ¿Cómo se llama usted?

LUD.—Ludovico, para servirla.

LUI.—¡Qué nombre tan poético! Señor don Ludovico, yo comprendo que usted ha querido hablarme como Romeo hablaba a Julieta, como Abelardo hablaba a Eloisa.

LUD.—Justo, trepando por las paredes.

LUI.—Pero esas pruebas de arrojo son inútiles. Yo pertenezco a otro hombre, soy una mujer digna y no quiero que por mi causa se origine una escena sangrienta.

LUD.—Pues eso es lo que me faltaba para postre: una escena sangrienta.

LUI.—Y como s'pongo que es usted un caballero...

LUD.—Sí; señora: lo mismo supone la del principal, y las dos aciertan ustedes.

LUI.—Respete usted la paz de mi hogar y huya enseguida.

LUD.—No deseo otra cosa.

LUI.—Gracias por el sacrificio. Sígame usted. (Marchando hacia la izquierda.)

¡Ay, caballero, soy muy desgraciada!

LUD.—Allá nos vamos.

LUI.—(Deteniéndose de pronto.) ¡No! espere usted. ¡Acaban de abrir la puerta, ¡Dios mío! ¡Es él! (Huyendo desfavorida por la derecha.) ¡Arrójese usted al patio!

LUD.—¡Un cuerno! ¡El! ¿Quién será él?

MAN.—(Dentro.) ¿Dónde está ese canalla?

LUD.—Ese canalla soy yo. Da gusto andar por esta casa... ¡Al canalón, Ludovico! (Va a saltar por el balcón, pero cuando está a caballo sobre la balaustrada sale rápidamente Manuel por la izquierda y le sujeta por el cuello.)

Ludovico, Manuel. Al fin, Luisa

MAN.—¡Ah, pillo, infame! Ya no te me escapas.

LUD.—Suelta usted, caramba, que hace daño.

MAN.—(Soltándole.) Defiéndase usted.

LUD.—¡Ah! ¿Pero es usted? ¡Cuánto me alegro!

MAN.—Yo también. (Saca el revolver.) ¡Que se defienda usted digo!

LUD.—(Sujetándole la mano derecha con el revolver, y sin soltarle hasta el final.) Guarde usted ese chisme. Usted es el que me va a defender, si es persona decente. ¡Favor por favor! Quedamos en que entre hombres no se olvidan estas cosas, y... yo le salvé a usted hace poco de un trance parecido.

MAN.—¡Eh! ¿cómo? ¿Conque usted confiesa que es parecido?

LUD.—¡Hombre... a la vista está!

MAN.—¿Sí, eh? (Forcejeando por desasirse.) ¡Lo mato! ¿Sabe usted quién soy yo?

LUD.—Estése usted quieto. ¿No lo he de saber? El gato de la carbonera.

MAN.—El inquilino de este cuarto.

LUD.—¡Ah! pillastre!... ¡Una en el principal y otra en el tercero!

MAN.—La del tercero es mi mujer, ¡y vais a morir ambos!

LUD.—Su... ¿qué? (Saltándole de pronto y huyendo como un rayo por la izquierda.)
¡Socorro!... ¡Señora!

MAN.—¡Sí, sí! grita lo que quieras. (Corre tras él apuntándole.)

LUI.—(Saliendo por la derecha.) Manuel, detente... ¡Manuel!... Le conozco...
¡Pobre joven! ¡Le descerra un tiro! (Vase por la izquierda.)

LUD.—(Dentro.) ¡Socorro!... (Siguen dentro voces y ruido de carreras.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

La misma decoración del primero

Arturito. En seguida Modesta

(Arturo, saliendo con precaución, reconoce el portal y llama con los nudillos en la puerta de la izquierda.)

MOD.—(Dentro.) ¿Quién es?

ART.—Yo, rica; abre.

MOD.—(Entreabiendo la puerta.) ¿Hay alguien en la portería?

ART.—No sé; está cerrada. ¿Y tu mamá?

MOD.—Ha salido hace rato.

ART.—Pues anda, ahí tengo el coche. ¿Lo has preparado todo?

MOD.—Sí; pero tengo mucho miedo.

ART.—Yo también. Por eso no te digo que salgamos juntos. Porque temo que llamemos la atención y que nos prendan.

MOD.—¡Ay!; ¿pero tú me juras que esta es la única manera de ser felices?

ART.—La única. Porque tu mamá, en cuanto sepa que te he depositado en casa de mi tía Remedios, no tendrá más remedio que casarnos.

MOD.—¿De veras?

ART.—Ya lo verás. Anda, no perdamos tiempo. En la esquina de la derecha estoy dentro del coche. No te vayas a equivocar; es un caballo blanco y un cochero rubio.

MOD.—Sí, sí, voy en seguida. (Se retira y cierra la puerta.)

ART.—(Yéndose por el foro muy aprisa y muy contento.) ¡Qué rica es! ¡Nos casamos, nos casamos!

Ramona. Luego Lorenza. Después Modesta.

RAM.—(Entrando por el foro al tiempo que sale Arturo.) ¡Anda con Dios, hijo! Va como un cohete. A ese le ha despabilado otra vez la suegra. ¿Cómo es esto? ¿La portería cerrada? ¡Señá Lorenza!

LOR.—(Abriendo la ventanilla de cristales.) ¿Quién llama?

RAM.—Soy yo.

LOR.—¡Ah! dispensa. Estaba descabezando un sueño.

RAM.—Entonces no podrá usted saber si ha salido el joven aquel que vino buscando una criada.

LOR.—No he visto a nadie.

RAM.—¡Claro! Bueno, bueno; siga usted descansando. (Lorenza vuelve a cerrar la ventana. Ramona sube la escalera.) Se la pasea el alma por el cuerpo. (Desaparece. Al mismo tiempo sale Modesta con un lio de ropa, examina el portal y cierra su puerta de golpe.)

MOD.—¡Dios mío! Ya no tiene remedio. Ya cerré. Ya no podría entrar aunque quisiera, ¡Ay! siento una congoja... ¡Como es la primera vez que me escapo! ¡Tiembo como la gelatina! (Avanza lentamente hacia la puerta del foro.) No sé si me ha dicho un caballo rubio y un cochero blanco o al revés... ¡Sea lo que Dios quiera! (Al llegar cerca de la escalera suena dentro un pistoletazo.) ¡Jesús! ¡Un tiro! (Retrocede hasta apoyarse asustada y temblorosa junto a la puerta de su cuarto. Entretanto se oye por la escalera el estrépito de un hombre que baja a escape, y aparece Ludovico, pálido, descajado, descompuesto, que al llegar al suelo, fatigoso y jadeante, se detiene palpándose todo el cuerpo como si supusiera que está herido.)

Modesta, Ludovico

LUD.—¡No! ¡Me parece que no ha hecho blanco!... ¡Qué tío más bruto! (Escuchando.) Creo que no me sigue. Creerá que me ha dejado seco. ¡Animal!...

MOD.—(Muerta de miedo.) ¡El asesino!

LUD.—¿Y cómo salgo yo a la calle con esta agitación para que me echen mano y me pidan explicaciones? ¡Ah! la portería... ¡Cerrada! ¿Dónde me meto yo? (Ve a Modesta.) ¡Ah! Señorita... ¿vive usted en esta casa?

MOD.—(Balbuceando.) Sí; sí, señor... Aquí.

LUD.—Por favor, escóndame usted... Un momento, nada más que un momento, mientras me tranquilizo...

MOD.—No, no puede ser. He cerrado la puerta y no tengo llave.

LUD.—Está usted tan asustada como yo. ¿Qué la sucede a usted?

MOD.—¡Ay, caballero!... supongo que es usted un caballero...

LUD.—Sí, señora, sí. Todas preguntan lo mismo. ¡Es el santo y seña!

MOD.—Pues sálveme usted, acompáñeme usted... nada más que ahí cerca. En la esquina de la derecha donde me espera un coche.

LUD.—¿Un coche? Y ¿podría yo marcharme en él?

MOD.—Creo que sí; porque no tendrá inconveniente mi novio.

LUD.—¡Ah! ¿se va usted con el novio, eh? ¡Bien hecho! (Caray con la casita!)

MOD.—Pero no piense usted nada malo.

LUD.—¿Yo? ¿qué he de pensar? (Otro santo y seña! Ea, haremos una gallardía. Vamos donde usted quiera. (Se dirigen los dos a la puerta del foro.)

MOD.—¡Ay! usted me salva. A usted deberé mi felicidad... (Aparece doña Luciana, que viene de la calle, y en cuanto ve a la pareja enarboja la sombrilla.) ¡Mi madre!

LUD.—¡Ay, su madre!

Dichos, Doña Luciana. Después y sucesivamente, la Señal Lorenza, Manuel, don Isidoro y Sánchez

LUC.—¿Qué es esto? ¿Dónde vas? ¿Qué lio es ese?

LUD.—Ninguno, señora. En esta casa no hay ninguno.

MOD.—Mamá, yo te diré...

LUC.—¡Eh! infame, hipócrita; ¿conque tenías dos y te escapas con el segundo?

MOD.—No, mamá, si es que...

LUC.—Y usted, corruptor de menores, ahora va usted a ver lo que es una madre ofendida! (Le persigue pegándole con la sombrilla.)

LUD.—¡Que yo no soy corruptor de nadie!

LUC.—¡Canalla, ladrón! (Sin dejar de pegarle. Sale del cuchitril la seña Lorenza empujando unos zorros.)

LOR.—Pero, ¿qué es esto, doña Luciana?

LUC.—(Pegándole más.) Este granuja, que me robaba mi hija.

LUD.—¡Que se esté usted quieta!

LOR.—¡Ah! el pillo de antes... ¡Hola! ¿era esa la cocote que venías buscando? ¡Pues toma cocotes! (Pegándole con los zorros siempre que queda libre de la sombra de doña Luciana.)

MAN.—(Apareciendo en el tramo de la escalera con el revólver en la mano.) ¿Estás ahí, eh? Pues el segundo no falla. ¡Apártense ustedes, que voy a hacer fuego!

LUD.—(Parapetándose detrás de Lorenza, mientras doña Luciana se dirige a increpar a Modesta.) No; no se aparte usted, portera, aunque me siga sacudiendo con los zorros. (Manuel acaba de bajar la escalera sin dejar de apuntar a Ludovico.)

LOR.—¡No tire usted ahora!

ISI.—(Apareciendo en la escalera, con el bastón del cuadro primero en la mano.) Pero ¿qué ruido es este? Portera, ¡que en mi casa no quiero escándalos!

LOR.—Si es que este hombre ha entrado aquí con malas intenciones.

MAN.—Apártense ustedes.

ISI.—¡Ah, sí! Le conozco. Dejarle, que corre de mi cuenta. (Baja rápidamente, enarbolando el bastón. Ludovico, perseguido por todos simultáneamente, no escapa de unos sino para que otros le sacudan. Carreras, alborotos, bulla. Por fin, en un regate, logra dejarlos a todos, formando grupo en primer término izquierda, furiosos y amenazadores, y cuando está a punto de ganar la puerta aparece en ella Sánchez, con el uniforme completo, que le detiene, sujetándole por un brazo.)

SANC.—¡Quieto todo el mundo! La autoridad se ha hecho cargo del criminal y nadie le toque.

LUD.—(Dejándose caer rendido de fatiga en brazos de Sánchez. ¡Ay, guardia! Tenía usted razón. La casita es una balsa de aceite. (Música.)

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

TEUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.—MADRID

DEPURADOR HIGIENICO Y RAPIDO

“ ARSO, ”

CARDENAL CISNEROS, 28.—MADRID

LA NOVELA CORTA

después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más conocidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria, va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellos una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMANTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique G. I.—Fernández y González.—Ortega y Frias.—Hartzenbusch.—Gertrudis G. Avellaneda.—Pas'or Díaz.—Aiguals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.

NOVELA HISTORICA

F. Patxot.—Cánovas.—Viceto.—Balaquer.—Navarro Villoslada.—Amós de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mecanero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes.
También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Zorrilla.—Trueba.—Becquer.—CaroHua Coronado.

ESCRITORES

Ganivet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la Condesa de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, Manuel Bueno y Cristóbal de Castro.

Estos números HOMENAJE serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

Lámpara OSRAM



**LA
UNICA**

LAMPARA DE FILAMENTO

metálico, que posee testimonios técnicos de su bondad, solidez y duración de los siguientes centros:

- Laboratorios de ingenieros de Caminos.
- Laboratorio del material de Ingenieros del Ejército.
- Laboratorios de Ingenieros Industriales.
- Laboratorios de Medidas eléctricas de Artillería y Laboratorios de casi todas las Centrales de Electricidad.



Todos estos testimonios técnicos constituyen su mejor

GARANTIA

CONCESIONARIO
LEON ORNSTEIN

MARIANA PINEDA, 5.
MADRID

Oficinas y Talleres de **PRENSA POPULAR**

propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y Fines, Antonio Palomino, núm. 1. y Calvo Asensio, núm. MADRID.